

fuera tan impotente como los otros sistemas, entonces estarían en su lugar las impugnaciones. Hoy la democracia está virgen en el terreno de la teoría y de la práctica, de la filosofía y de los hechos.

En el terreno de los hechos, porque no podrá presentarse un ejemplo que acredite semejantes imputaciones; en el terreno de la teoría, porque no se hará un argumento que no sea victoriosamente contestado.

En esto difiere la democracia de las demás escuelas políticas; porque el principio democrático de la autoridad pública, emanado de las soberanías individuales, es el único verdadero, el único que contiene la verdad absoluta.

Entiendo por verdad absoluta aquella que siendo siempre invariablemente cierta y en todas sus aplicaciones y en todas sus consecuencias sirve para formar un sistema, que con el criterio de su principio resuelva todas las dudas y venza todas las dificultades.

Siendo esto así, ¿es sistema el de los partidos medios? ¿Tienen alguna verdad en qué fundarlo? ¿Algún criterio seguro con qué decidir sus dudas, vencer sus dificultades? Nada tienen; ellos mismos lo confiesan; no saben, no conocen, quizás no creen en la verdad; dicen que no tienen sistema, que no conocen la verdad, que no tienen sino un método para buscarla. De consiguiente el que no sabe dónde va ni conoce la senda por dónde debe marchar,

no puede ofrecerse para conducir á nadie, y mucho ménos á sociedades ansiosas de verdad, de tranquilidad y de ventura.

La democracia, por el contrario, es un sistema basado en una verdad incontestable, cual es la de la conclusion de las soberanías individuales en la autoridad pública. Propónganse todas las cuestiones que puedan imaginarse, acumúlense todas las dificultades que para los otros sistemas son invencibles é inviolables, y la democracia los resuelve, y los resolverá todos satisfactoriamente con el criterio seguro de su principio, tan cierto como que tienen que acatarlo los mismos que se dicen sus adversarios acérrimos.

El mismo Sr. Campoamor es uno de estos. He leído su obra política; he leído no sé si todas, pero sí la mayor parte de sus obras, y á su privilegiado talento no podía ocultarse la verdad. La vislumbra, aunque quizás osurecida por la niebla de las preocupaciones; quizás la conoce cuando dice que no hay quien no sea *un poquito demócrata*, y que todos, incluso los reyes absolutos, magnates, guerreros y escritores, agotan los tesoros de su actividad, procurando establecer la nivelacion posible en la especie humana, marchando más ó ménos pronto, pero bien, por las vías del progreso, é interesándose en que todos nuestros semejantes participen de los excasos consuelos de este valle de lágrimas.

Pues bien, á esto que el Sr. de Campoamor llama

hacer democracia, nosotros llamamos democracia; á esto que el Sr. de Campoamor llama ser un poquito demócrata, nosotros llamamos ser demócrata; porque el que quiere esto, quiere lo que quiere la democracia. El Sr. Campoamor, es pues, demócrata por su propia confesion, y no puede ser de otro modo, porque no puede dejar de ser leal ningun hombre de claro entendimiento. Pero el señor Campoamor lo es á su manera.

El Sr. de Campoamor es demócrata. Quiere el fin, quiere la democracia; pero para llegar á él observa el *método* de los doctrinarios, sigue un camino que no conduce al término apetecido. Es decir, que es demócrata en teoría y doctrinario en la práctica; que no conoce el término de su peregrinacion, y marcha por sendas tortuosas y extraviadas.

Esa senda es el criterio de los mejores. El criterio de los mejores ó de los más sabios, podrá ser bueno, pero no es el más seguro, ó no es siempre seguro. Los más sabios podrán conocer la verdadera senda, pero podrán no tener voluntad de marchar por ella; podrán preferir la del interés propio á la del interés general; y entonces el criterio de los mejores, lejos de ser el mejor, es el más perjudicial; porque esos mejores, como más inteligentes, tienen mayores medios de dañar. El criterio seguro es el de todos, el de la generalidad, porque ese no se engaña acerca de los intereses generales.

Por eso el Sr. de Campoamor, siendo demócrata,

no lo es mas que *un poquito*, ó demócrata á medias; sólo hace democracia porque queriéndola no acepta todas sus consecuencias.

Si quereis labrar la felicidad de las clases inferiores, dejad que intervengan en esa labor esas mismas clases á quienes toca tan de cerca. Si quereis que la sociedad marche por la via del progreso, dejad que la sociedad marche por la que ella crea que es via del progreso, y no por la que vosotros señaleis como tal. Si quereis establecer la nivelacion posible en la sociedad, dejad que ella establezca esa nivelacion, y si quereis que todos participen de los escasos consuelos de este valle de lágrimas, dejad que todos trabajen y se los procuren de la manera que crean más conveniente.

Nos llamis orgullosos porque creemos que las sociedades son bastante adultas para regirse por sí solas. ¿Cómo os llamareis vosotros que os creéis los tutores obligados de las sociedades? Desengañaos. Mientras las sociedades tengan tutores, no marcharán sino por donde quieran estos, y estos pueden extraviarse. Cuando no los tengan, marcharán por donde quieran y no se extraviarán; porque si desconocen la buena senda, los sabios se la mostrarán, y ellas la adoptarán en seguida. Vosotros, los sabios, estudiad, proponed, pero no os impongais. Nadie tiene derecho de imponer su voluntad á otro y mucho menos á las sociedades.

De propósito he dejado intactas todas las cuestio-

nes que se ventilan en esta polémica; porque, como he dicho, se ventilan entre personas suficientemente competentes. Sólo he querido vindicar á lo que yo entiendo por democracia, de las injustas imputaciones que le han hecho. El Sr. de Campoamor, para desacreditar á la democracia, habla de la república, yo hablo de la democracia. Creo que puede ser una cosa distinta de la otra; si quiere contraer la cuestión podrá ser más fácil que nos entendamos.

CALIXTO BERNAL.

CARTAS

DEDICADAS Á D. CARLOS RUBIO, CONTESTANDO A SU FOLLETO «LA TEORÍA DEL PROGRESO,» ESCRITO EN REFUTACION DE «LA FÓRMULA DEL PROGRESO.»

Carta primera.

Querido Carlos: Desde este hermoso pueblo, donde he venido á buscar algun alivio á mis penas; respirando las brisas regaladas del mar; con la vista perdida en ese inmenso horizonte, retrato fiel del infinito á que aspira en todos sus sueños el alma; concluyo esta lucha de nuestras discordes inteligencias, y para conseguirlo necesito esforzarme, porque el espectáculo que me rodea, tan risueño, tan hermoso y tranquilo; este cielo trasparente, este mar sereno como un lago, estas brisas que agitan la lejana vela latina y rizan en blancas espumas las olas, cuya música me parece un suspiro de amor de la naturaleza; todo cuanto alcanzo á distinguir, me inclina á hablar ántes de la paz de la naturaleza que de las grandes y pavorosas tempestades del espíritu. En verdad, el espectáculo del mar; esta in-